

Los golfos del paseo... y las golfas

Como hace tantos años que no vivo la vida del paseo con la intensidad que la viví en mi infancia, no se si éstas palabras se siguen usando como antes, pero estoy en que no y no solo en Alcázar sino también en la gran urbe que era nuestro proveedor universal, para lo bueno y para lo malo. En todo caso hay que pensar que también la golferancia ha cambiado de vocabulario, de indumentaria y de hechuras, es decir de modos y maneras.

Sin solución de continuidad, yo viví la vida del paseo que recuerdo hasta en sus más mínimos detalles y la del barrio de Atocha de Madrid del cual era y es continuación, entendiendo por Atocha todo Lavapiés y las ramificaciones de la estación del Mediodía hacia Vallecas y a la ribera del Manzanares. El ambiente de aquel pequeño gran Madrid llegó a penetrarme de tal forma que me sorbía cuantas publicaciones llegaban a mí referentes a él, de todos los autores conocidos y de otros de menor nombradía que me emocionaban igual y he conservado con la esperanza de releerlos en momentos de decaimiento, como se oye una buena marcha militar estimulante cuando se va a la guerra.

Cuando la mayoría de los viajeros entraban y salían a pie en las estaciones o en coche de caballos a lo sumo y el baúl tenía que llevarlo un mozo de cuerda desde la casa al tren, había el gran impedimento de los fieltos de los consumos y se formaban aglomeraciones enormes a la llegada y a la salida de los trenes, aglomeraciones que persistían porque no era tan fácil ni tan rápido el desalojamiento y siempre quedaba un remanente de buscones que eran los llamados golfos, tipo especial de jovenzuelos o grandullones que vivían o hacían su vida alrededor de las estaciones de mucho tráfico como lo eran las de Madrid y Alcázar.

El género de vida de los golfos estaba compendiado en la de los perros que por analogía eran llamados de la misma manera, perros golfos, que andaban de un lado para otro, comían lo que iban encontrando y dormían donde se les terciaba o encontraban un poco de abrigo, pues el pilluelo hacía igual, acudir a los desperdicios y acurrucarse en los quicios de las puertas, aunque en Alcázar disponían como si fueran suyas de las salas de espera de la estación con una comodidad increíble, pero el golfo no era un mendigo ni un delincuente ni un ocioso aunque sus cualidades participaran de las de todos estos, alimentándose de sobras de comidas y aprovechándose de todos los descuidos, como los gatos, sin que nadie lo tomara a mal y considerándolo natural. Es un tipo andrajoso, abandonado que careciendo de casa pulula por las calles en completa ociosidad y ejerciendo oficios de ínfima categoría y sin fijeza. Son elementos desprendidos de hogares donde crecieron en lamentable abandono y con una filosofía que es la negación de toda moral. Por lo menos en Alcázar así era y se ocupaban en llevar maletas o bultos de la estación, hacer recados o cualquier otro menester de poco esfuerzo, como el coger colillas para venderlas y tras de las colillas penetraban en los cafetines